



## CAPÍTULO XVIII.

### LAS VÍCTIMAS Y LOS VERDUGOS.

**N**EGRA como la noche se levantaba en medio de las sombras la conciencia de Gómez, á quien ni el silencio ni el cansancio le permitían probar la paz del sueño.

Nada le inquietaba tanto como el silencio; nada le ponía más intranquilo que la soledad; porque una falange de visiones sangrientas, atravesaba por su imaginación, como si las almas de otro mundo vinieran á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Folio 1625 MONTERREY, N.P.M.



visitarlo cada noche, aprovechándose del silencio.

Para que Gómez durmiera, le era preciso recurrir á la embriaguez y sólo en el sopor y el entorpecimiento que produce el alcohol; podía encontrar descanso; pero aquella noche no había podido beber y sus párpados se abrían á su pesar.

Mil imágenes venían á atormentarlo, y, cual si se avivaran sus recuerdos á cada instante, danzaban juntas en su cerebro las imágenes voluptuosas de sus amores con las de sus víctimas.

Apurada la fuerza juvenil de Gómez y agotados sus placeres, había entrado ya á la edad en que el hombre, menos preocupado con su presente, es más sensible á los recuerdos.

La soledad presenta siempre al hombre, abierto el libro de los recuerdos de ayer, y recorrer sus páginas es una operación imprescindible del espíritu.

La soledad es una confidencia y con los ayes del pasado evoca los suspiros de hoy,

acaso para que la conciencia pueda aprender en el manual que dejamos escrito algo provechoso para el sombrío mañana que no podemos descifrar.

Gómez, en su pesada vigilia, deletreaba á su pesar su pasada historia, en cuyas hojas, manchadas de sangre, estaba escrito y repetido el nombre de Salomé.

A este punto propendía el recuerdo, á esa imagen convergían las memorias de todos sus hechos, y sin saber por qué, Gómez estaba dotado aquella noche de una doble lucidez que le hacía percibir las imágenes con una claridad y un brillo desusados.

A medida que el silencio era más profundo y la sombra más densa, más vivas y perfectas vagaban en la fantasía de Gómez las visiones de su historia.

Salomé, abandonada, triste, deshonrada, llorosa y suplicante, parecía llamarlo desde la barranca vecina. Otras veces se figuraba ver aparecerse en la oscuridad una reja y tras de la reja la hermosa cabeza de Salomé, y cuando Gómez quería apartar su idea



de aquel cuadro, insensiblemente se veía en el cementerio del pueblo, en presencia de Salomé temblorosa, fascinada, enloquecida, y volvía á ver aquel cementerio lleno de yerba entre la que sobresalían algunas cruces negras.

Súbitamente vino á su cerebro la idea de que podía haber tenido un hijo.

—Ella me lo dijo, pensaba Gómez; lo sentía, estaba seguro de ello... ¿Qué habrá sido de ella? ¿cómo habrá podido ocultarse á los ojos de su marido? ¡Pero quiá... estoy hecho un bestia esta noche, y es que me hace falta un trago de algo. ¡Hace tantos años, nueve ó diez lo menos, que sucedió eso!... ¡No, que diablo! si Salomé tuvo un hijo debe haberse muerto y puede ser que ella también. ¿Para qué he de pensar en eso? ¡Adios! exclamó de repente, pues el diablo del muchacho parece que se ha dormido parado... ya no resuella... mejor, porque el ruido que hacía me estaba fastidiando.

A la sazón, oyó Gómez un silbido y le

pareció reconocer la manera particular de silbar del Pájaro.

—Por ahí anda ese, pensó Gómez, y contestó al silbido.

A poco volvió á repetirse, y Gómez, ya montado, se dirigió al lugar de donde le parecía salir la seña.

Ya el resplandor de las estrellas comunicaba á la tierra cierta claridad, y podía distinguir Gómez las veredas y los malos pasos.

Siguieron por intervalos repitiéndose los silbidos por largo tiempo, hasta que por fin cesaron del todo.

Poco después empezaba á despuntar por el Oriente una tinta luminosa y pálida, y una ave oculta en la enramada envió al aire su primer gorgojo.

El día se aproximaba.

El crestón que servía de respaldo á Gabriel, veía al Oriente, de manera que el primer destello de la aurora iluminó al mártir con su luz pálida, y una ráfaga de la brisa matutina, fresca é impregnada con las primeras emanaciones de las plantas, besó la



frente febril de Gabriel que permanecía inmóvil como un cadáver.

Pero la aurora le era propicia: no parecía sino que el mismo angel color de rosa que Gabriel había contemplado cierta mañana, rasgando los velos de la noche, había descendido para abrirle los párpados.

Aquel pobre niño con su frente ensangrentada, su semblante livido y su boca entreabierta por la presión de aquella brutal ligadura, que le sujetaba la cabeza al tronco del arbusto, presentaba un aspecto desgarrador.

Las brisas de la mañana iban á llevarle á sus fatigados pulmones un nuevo soplo de vida, acaso para que pudiera despedirse del mundo, bendiciendo al Autor de la luz, como lo bendijo aquella mañana en que, radiante de felicidad, había elevado al cielo su primera acción de gracias.

¡Pobre Gabriel! aún no había hecho mal á nadie, y ya el destino se manifestaba inexorable!

Acaso allá en el fondo de su alma se agi-

tó la idea risueña de la aurora y quiso el niño ver la luz; acaso alguna esperanza nació en medio de su profundo abatimiento, porque se notó en su cuerpo, inanimado en la apariencia, el movimiento de un esfuerzo: pero después volvió á entrar en su profunda postración tal vez para no volver jamás á ver la luz.

Don Santiago había sido ya objeto de la crueldad del Pájaro.

El Pájaro no había amarrado á D. Santiago; pero por lujo de ferocidad le había regalado algunos cintarazos.

Don Santiago no fué dueño de disimular la inmensa pesadumbre que experimentaba por la separación de su hijo, circunstancia de la que se aprovechó el Pájaro para ser exigente é inflexible con su víctima.

—No tengo nada, decía D. Santiago al Pájaro, pero cuanto poseo lo doy de buena gana, porque mi hijo pueda educarse en México; y ya que no pueda legarle mis bienes, porque ustedes..... porque ustedes los necesitan, al menos que ese niño desgraciado



pueda recibir los tesoros de la educación.

—Eso es, contestaba el Pájaro, dele todo eso al muchacho, pero á nosotros el dinero que necesitamos; porque al fin no hay justicia para que usted guarde esos *medios* cuando hay hombres que tienen compromisos que cubrir; y luego que ya ve usted las injusticias; por unos pagan todos; á nosotros nos persiguen, y todo porque el maldito juez de San Pedro se figura que somos mala gente.

—¿Pero qué es lo que usted pretende?

—Ya lo sabe.

—¿Pero de qué manera he de poner á usted en posesión de lo que tengo, cuando mis bienes consisten en propiedades que ofrecen dificultades para su venta?

—¡Adios! pues usted tendrá algunos amigos que le presten el dinero.

—No tengo amigos ricos.

—¡Adios, y cómo no!

—¿Quién podría facilitarme una suma de esa consideración?

—Pues usted sabrá.

—No, no tengo á nadie de mi parte.

—Entonces vamos á colgar al muchacho para quitarlo de penas.

—¡Qué barbaridad! ¡colgar á mi hijo! ¡no sea usted cruel! ¡ese es un atentado horrible!

—Si le parece tan feo, afloje la mosca.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó D. Santiago en el colmo de la tribulación.

—No me ande con oraciones, porque le doy otra cuerada.

Y á las tiernas exclamaciones de D. Santiago, agregó el Pájaro algunas palabras mal sonantes y brutales.

Esta escena se prolongó por largo tiempo, sin que en el fondo del asunto que se versaba se adelantase en ningún sentido.

El Pájaro estaba sentado sobre una piedra: tenía la espada desnuda en las manos y con ella se entretenía, mientras hablaba, en picar las piedrecitas que había regadas en la tierra.

D. Santiago, á muy poca distancia del Pájaro, estaba medio recostado en unas



malezas, sobre las cuales había caído á consecuencia de los malos tratamientos de su verdugo: allí había recibido los primeros cantarazos cuyo estrago estaba resintiendo el pobre viejo en muchas partes de su cuerpo.

El Pájaro pensaba que su situación se iba haciendo embarazosa, y esperaba reunirse con Gómez, con una impaciencia creciente.

Nada había podido conseguir de D. Santiago, porque sus diálogos hasta allí se habían reducido á exigencias por una parte y á negativas por la otra pero sin venir á ningún arreglo practicable.

Cerca del amanecer el Pájaro creyó percibir ruido. Puso el oído atento y se decidió á silbar.

Inmediatamente montó á caballo, pues en lance alguno había querido jamás abandonar su cabalgadura.

El bandido ginete no se considera reintegrado sinó sobre el lomo de su animal: á pié conoce toda su nulidad y su miseria, y no parece sinó que como el minotauro de la fábula, necesita llevar su busto sobre los

cuatro fuertes cascos de un caballo, sin cuya base minotauro y bandido quedan reducidos á la condición del débil sér humano que entraña en medio de la ferocidad de sus instintos la resistencia muscular de las bestias.

La costumbre de manejar el caballo, forma en el ginete uno de sus movimientos naturales y confunde las acciones del bruto con las propias, supuesto que instintivamente maneja á su voluntad así sus brazos como las patas de su caballo.

El Pájaro á pié, era nulo; pero á caballo, era una bestia inteligente capaz de todo.

Montado esperó á que Gómez silbara.

Apenas se vieron, el Pájaro dijo estas palabras:

—¡Pues usted sí que diatiro!...

—¡Adios! ¿y yo qué?

—Que la ierramos.

—¿Onde?

—Onde ha de ser, que usted con el muchacho y yo con el viejo, nos vamos á estar así toda la vida.

—¡Adios! ¿pues qué quería que hiciera?



- ¡Tan tonto!  
—¡Pero no de las manos, patrón!  
—¿Y creo que usted viene motivoso?  
—No sé quien.  
—¿Yo de qué?  
—¡Hora! pues de andar contestando.  
—Yo no.

El Pájaro prorrumpió en una serie de interjecciones incoherentes que á no haber contenido sílabas españolas, se hubiera podido tomar por el rujido de una fiera.

—Oiga, vale, si no nos *sacamos* de este cerro nos cojen. Celso y el otro no parecen y ó les pegaron los otros ó los cojieron.

—Pues eso es lo que digo; y lo que es los mozos ya deben haber avisado en el pueblo.

- Al cabo no hay allí gente.  
—Dicen que llegaron ayer los rurales.  
—¡Qué rurales! á pié! pues usté si que...  
—Pero pueden pedir caballos en la hacienda.

- ¡Vaya! ¿y D. Pepe se los dá?  
—Pues qué ha de hacer.

—D. Pepe ya sabe que cuando ando por aquí manda la caballada al otro llano.

—¿Y la mandó ahora?

—¡Pues no!

—Pero por si ó por nó, será bueno irnos al otro lado, al cabo allá en las peñas pardas ni quien nos sienta.

—¿Hasta allá?

—Pues.

—¿Y cómo anda el viejo si no puede *me*-nearse?

—¿Pues qué, lo lastimó?

—¿No, qué... si apenas...

—¿Pues sabe que será bueno que les demos una tortilla y los desatemos?

—Pero cada uno por su lado.

—Se entiende.

—Porque si el viejo ve á su hijo no afloja.

—¿Trae tortillas?

—Traigo unas gordas y *refino*.

—Pues vaya á darle al muchacho, dijo el Pájaro á Gómez, y al *pardear* la emprendemos. ¿Se acuerda de la barranca aquella de las piedras pardas?



—¡Pues no!

—¿No hay tres cuevas?

—Sí.

—Se va á la chica entrando por el monte y yo me voy con el viejo á la grande, por el otro lado.

—Eso es, y nosotros nos vemos en la cueva de en medio.

—Oiga, al pasar por los dos caminos, no deje de comprarse cigarros y lo que haya.

—¿Y los muchachos?

—Pues que se... que se los lleve el diablo. Y los dos bandidos se separaron

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## ÍNDICE.

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO I.—Preámbulo. . . . .	9
CAPÍTULO II.—En el que comienza la historia de una de las gentes que «son así». . .	15
CAPÍTULO III.—Desarrollo del órgano de la adquisividad. . . . .	29
CAPÍTULO IV.—Continúa la historia de don José María Gómez. . . . .	45
CAPÍTULO V.—Gabriel. . . . .	61
CAPÍTULO VI.—El viento de Febrero. . . . .	79
CAPÍTULO VII.—Dos compadres curiosos. . .	91
CAPÍTULO VIII.—El rapto y la creciente curiosidad de los compadres. . . . .	105
CAPÍTULO IX.—D. Máximo no abandona el proyecto de averiguar lo que pasa. . .	121
CAPÍTULO X.—El descubrimiento de los dos compadres. . . . .	133
CAPÍTULO XI.—En el cual conocerá el lector los poderosos motivos que tuvo Gómez para no concurrir á la cita de Salomé. . .	143
CAPÍTULO XII.—Apuntes para la hoja de servicios de Gómez. . . . .	157
CAPÍTULO XIII.—El padre y el hijo. . . . .	167
CAPÍTULO XIV.—De como las noticias de Celso acerca de la casa de Carlos, eran fidedignas. . . . .	183